

nada que profundizar en este mundo, sin que se nos amenace sin cesar con el otro, que es precisamente el que queremos ignorar? ¿Por qué hacernos descender á la profundidad, á las cuevas, á los sitios oscuros y cavernas, cuando es posible hacernos subir al piso principal ó al segundo, y abrirnos los salones, los gabinetes y las alcobas que desconocemos, á las cuales dirigiríamos gustosas una mirada tímida y furtiva, pero intensa? Verdaderamente, señores novelistas, os olvidáis más de lo conveniente de agradar á ciertas mujeres curiosas por verlo *todo*, ávidas de aprender *todo*, puesto que se sienten bastante dueñas de sí mismas para estudiar sin correr peligro; valientes de espíritu, pero de espíritu solamente, para poderos agradar, colocándose á vuestro nivel y saber reteneros á pesar de vuestros casinos, gracias á sus concesiones; las llamáis extravagantes, locas, bueno; pero con frecuencia son mujeres honradas á pesar de su desenvoltura, y en

último caso, siempre son mujeres de agradable compañía.

— ¡Qué bien habláis!

— ¿Eso quiere decir que hablo mucho?

— De ninguna manera, todo lo contrario.

— Entonces, guardad silencio, escuchad y comed de esta pieza que maté ayer en *Sauwinkel*, que quiere decir el cercado del javalí.

— Como, bebo y escucho, ¡tres placeres!

— ¿Es decir que sois sensual?

— ¡Ya lo creo! ¡pues no faltaba más sino que no lo fuera!

— La princesa W... reanudó su interrumpida conversación, diciendo:

— Vosotros, señores, os limitáis solamente á dividir vuestras lectoras en dos ó tres categorías. Inclúis en la primera las jóvenes casadas que se satisfacen con lo que acaban de aprender y las que llevan ya bastante tiempo de matrimonio, pero que sus maridos, por sistema, tienen sumidas

en una eterna ignorancia; aquí se incluyen también las sordas y las ciegas, sin malicia, sin curiosidad y sin deseos para quienes escribís novelas dulces, insípidas, emolientes, refrescantes que les conserva su primera castidad, y...

— Su virginidad moral, interrumpió X..., entre dos bocados.

— Gracias por vuestra colaboración. Para la segunda categoría, compuesta de idealistas del amor, de temperamento tranquilo y de corazón ardiente, tenéis libros en que se desborda el sentimiento y la pasión; pero pasión etérea en que no se encuentra más que almas que van en busca de otra alma y donde la materia, que también tiene su fuerza, queda desterrada de rigor.

Estas obras, escritas desde una gran altura, desde las nubes, son muchas veces dignas de atención por cualidades de primer orden. Pero desde los tiempos de los libros de caballería no han variado en nada siendo siempre el mismo diálogo moderni-

zado, digámoslo así, apropiado al lenguaje usual, la misma conjugación del verbo amar en pasado, presente y futuro, á la sombra de un árbol, en un campo ó bajo un cielo estrellado. La mujer no aprende nada nuevo con esto; nos tienen suspendidas en el aire desdeñando hacernos conocer los sitios que habitamos, los séres con quienes vivimos y las costumbres de nuestros tiempos... ¿Queréis un dedito de este magnífico *Ofener*? Os lo recomiendo.

— Si es así, dadme dos, Princesa.

— Tened la mano entera. He comprado vuestra atención, continuó:

— Me he vendido, escucho.

— Por último, cuando se trata de la última categoría de vuestras lectoras, pasáis bruscamente al extremo opuesto. Mientras más moderados, circunspectos y reservados habéis sido con las primeras, lo sois menos con las últimas. « No tenemos nada que enseñarlas, decís: han sacudido ya el árbol de la ciencia, para probar toda clase de

frutos; podemos decírselo todo sin rodeos, sin riesgo para ellas y sin temor de hacerlas ruborizarse.» Y encantados de nuestra presumida inmodestia, porque lisonjea la vuestra y os acerca á nosotras, dáis rienda suelta á vuestros gustos algo vulgares sin que esto os ofenda. Vuestros instintos, vuestras flaquezas, vuestros apetitos demasiado materiales, contenidos por mucho tiempo, se presentan en la superficie y se desbordan. Os lanzáis sin miramiento alguno en el detalle inmundado y la frase atrevida, incurriendo en todo género de trivialidades. Algunas veces la idea es buena, vigorosa, bella; pero la presentáis de tal manera, que se pierde, se marchita, se mancha y se descompone.

— Tened cuidado, Princesa, porque vais á caer en el defecto que nos criticáis.

— Me levantaré si caigo, lo cual no os sucede á vosotros, porque cuando caéis en lo vulgar continuáis complaciéndoos en ello durante capítulos y volúmenes enteros.

— Eso es convicción.

— Eso es provocación, sí, porque lo que parece es que provocáis todos nuestros gustos para que se subleven.

— ¿Y por qué nos leéis?

— ¡Ah! ¿Por qué? ¿por qué? Porque esos novelistas que me exasperan tienen, en general, mucho talento. Se les puede muy bien llamar coloristas, anatomistas, disecadores de primer orden; nos olvidamos de que somos mujeres y nos vamos en su busca necia y locamente. Un día nos conducen al borde de un río, silencioso, límpido, lleno de sombra, cuajado de flores en su orilla y resplandeciendo un brillante sol á lo largo de su corriente. Encantadas, un poco soñadoras, caminamos llenas de confianza á su lado dispuestas á seguirles por mucho tiempo todavía, escuchándolos siempre. Pero de repente nos abandonan de una manera brusca para sumergirse en el fondo del río y sacar un cadáver que extienden sobre la orilla para estudiarle en

su descomposición y en su podredumbre.

Al día siguiente abren el palco de una actriz joven, hermosa y llena de gloria : esto es nuevo para nosotros y además fruto prohibido, nos la hacen ver en el bosque y en la escena; pero no la conocemos desnuda. Nuestra curiosidad se estremece de alegría y nuestra imaginación toca á rebato. Estamos con ellos : ¿qué van á presentarnos y á describirnos? La mujer, la artista, ¿no es esto? ¿Su rostro, su medio desnudez, sus costumbres? No, se paran á analizar con minucioso cuidado su palan-gana llena de agua y los demás utensilios que tiene para su tocador. Esta vez nos hacen aspirar una flor de encantador perfume que nos embriaga y nos obliga á acercar nuestros labios. En seguida nos presentan el gusano que la corroe, estudiando en todos sus detalles la podredumbre que le ha engendrado, llegando, por último, á dar por marco á sus más hermosas escenas de amor, salas de hospital, cementerios,

establos y cuadras. Sus heroínas, fuertes por la carne, subidas de color, soberbias Rubens á quienes tenemos que admirar; sueñan, sucumben sobre montones de estiercol en plena fermentación, cerca de metafísica charca. ¿Es esto verdad?

— Confieso, Princesa, que costeáis la verdad con muchísima habilidad. Sin embargo, esa gente que maltratáis de esa manera tan dura, ¿no os ha dado alguna vez hermosas y grandiosas puestas de sol, y admirables páginas de amor?

— Sin duda alguna. ¿Pero para qué han escrito esas páginas? Para demostrarnos que si quisieran encantarnos, podrían hacerlo, y que sin embargo, no quieren con intención deliberada. Las han escrito, para presentar á la luz las narraciones que nos interesan, y en efecto, lo bello es lo que á ellos les sirve de estimulante y lo que está reservado á hacer resaltar la fealdad, la monstruosidad, la rudeza del lenguaje, á que no podemos acostumbrarnos, porque nos hace

sonrojar por más de lo que ellos digan.

— Pero ¿os ruborizáis de veras?

— De veras, ¡insolente! No es nuestro pudor el que se subleva, son nuestras costumbres en la manera de vivir, es nuestra elegancia, es, en una palabra, nuestra educación. Sí, nuestros primeros principios de educación no podrán borrarse, porque es precisamente lo que menos se pierde. Perdemos la honra; pero conservamos los buenos modales. Una mujer que las circunstancias ó quizás su instinto, la hagan que sea atrevida en acciones, ha conservado sin duda alguna un oído delicado, y las palabras mal sonantes, groseras ó aventuradas, la asustan, mortificando su amor propio. Querido mio — decia la marquesa de B... á un joven artista que ella educaba — haced lo que se os permita y también lo que no se os haya permitido, pero no digáis nunca á una mujer de nuestra clase lo que vayáis á hacer, y sobre todo, tened mucho cuidado de no recordarla lo que habéis he-

cho. Así piensan muchas mujeres, son indulgentes con ciertos atrevimientos y no perdonan ciertas expresiones : admiten toda clase de libertades, á excepción de la del lenguaje. Sucede muchas veces, que aquel de quien gustaban y que estaba á punto de conseguir su objeto, lo echa á perder todo por haber hablado mal. Había robado un beso sin que se le recriminase por ello, y porque dijo una palabra ligera, ó se permitió una familiaridad *hablada*, le pusieron en la calle.

— ¿Y qué deducís de esto, princesa?

— Deduzco, amigo mío, y vuelvo al punto de partida, que los novelistas debieran escribir para una cuarta clase de lectoras que no tienen lo bastante en cuenta, y que la constituyen las mujeres que ya saben mucho, pero que quieren y pueden aprender más aún; á las que es preciso adular y mimar, porque son golosas del misterio y de lo desconocido más bien que grandes comedoras; las que no rechazarían

el vicio si es de elegante aspecto y buenas formas; las que quieren salir de su círculo moral, con la condición de no salir de su círculo físico; y por último, aquellas que de los cinco sentidos tienen cuatro muy desarrollados y muy finos: el oído, el olfato, la vista y el gusto.

La comida avanzaba: á los postres nacionales se habían sucedido las pastas y helados (*gefrones*); los vinos húngaros fueron reemplazados por vinos de Dalmacia.

X... creyó que podía ya decir á la princesa W...:

— Quisiérais que hablásemos de la novela del conde D..

— Con mucho gusto.

— Por lo que veo, y según os explicáis, el autor no se ha separado del lenguaje que os gusta y ha permanecido en el tono que preferís.

— Sí; dice bastante sin decir demasiado, y permite á mi imaginación que desempeñe algún papel tomando parte en ello.

Quizás pueda criticársele por falta de franqueza y de fuerza y valor en la expresión. ¿Pero podía hacerlo de otra manera? La reserva que se impone ¿no excluye el vigor? ¿Hubiera conseguido su objeto escribiendo á golpes de maza? ¿No es mucho más justo decir que la palabra es un poco descarnada, y por lo tanto algo fuerte, puesto que es muy cierto, que un sinónimo, una perífrasis, bastante clara para comprenderse, es también lo bastante indecisa para que no lastime?

— Decididamente, Princesa, no veis más que por los ojos de vuestro amigo D... indudablemente, su estudio ha sido para vos un regalo delicadísimo.

Lo confieso. Ha sido un verdadero regalo para mi naturaleza curiosa é investigadora, y para mi imaginación, quizá un poco ligera, así como también para mi gusto por las cosas del mundo.

— ¿Y no invitáis á nadie para que con vos participe de ese regalo?

— Qué queréis darme á entender con eso?

— Quiero decir que ese estudio, que tanto os gusta, podría muy bien gustarle á otros.

— Sin duda, á las lectoras de mi cuarta clase: á las *audaces delicadas*.

— ¡Bueno! ¿No os manda la caridad tener compasión de vuestros semejantes?

— ¿Y queréis acaso que las reuna para leerles en alta voz el estudio de D..., y darles una conferencia?

— No os pido tanto. Pero es muy fácil que hayáis oído hablar de la invención de la imprenta.

— ¡La imprenta! Adivino, nunca perdéis de vista vuestra profesión. ¿Queréis publicar la obra de mi amigo?

— ¿Y por qué no?

— Antes sería necesario el permiso del autor; ¿le daría?

Es un episodio que cuenta su vida, ó mejor dicho que él me cuenta: quizá no

quiera que todo el mundo sepa su aventura.

— Yo os doy mi palabra de no hablar nunca de él ni decir jamás su nombre.

— Haré valer esa consideración. Pero no os vayáis á equivocar: en esta novela apenas existe acción y falta el interés dramático. Es una especie de monólogo en que D... se pone en escena, cuenta sus impresiones, levantando un poco el velo que nos oculta al París misterioso, se extiende, para nosotras las mujeres, porque para ustedes, señores, y para algunas de mi sexo, ya no hoy misterios. El estudio es de un caso patológico, como dicen, según creo, los eruditos.

— Permitidme que lo lea y podré juzgarlo.

— Ya veremos. Mientras tanto encended un cigarro, yo os doy el ejemplo.

Algunas semanas después recibió X..., ya de vuelta en Francia, el manuscrito que esperaba, y así se explica cómo esta novela,

esencialmente parisién y escrita por un parisién, viene en línea recta de Buda-Pesth, de ese país en que la Europa está próxima á concluir y el Asia va á empezar.

II

Esto es una desbandada general, una verdadera emigración desde el día en que se ganó en las carreras de caballos el gran premio de París. Todos y todas, amigos y conocidos del club, grandes y modestas señoras, á las que se saluda con respeto y hacen que se muestre uno orgulloso al presentarse con ellas y las que al pasar se las saluda con una mirada y una sonrisa; en una palabra, toda mi sociedad verdadera y postiza ha dirigido su vuelo